



Exposicion de 1863. Pintura.—Derrota de los kabilas, por Gustavo Boulanger.—Dibujo de l'Hernaut.

tranjero que viaja por Kabilia bajo la proteccion del an- rostra temporalmente la venganza de sus enemigos, ó la pe-
ya, va defendido de toda violencia estraña, sino tambien ar- nalidad debida á sus anteriores actos. Los abusos á que pu-
SEGUNDA SERIE.—1864. AÑO XXII. 21.

diera dar lugar una estension tan generosa del principio, se hallan limitados en la práctica, á causa de la estrema reserva de los kabilas en hacer su aplicacion; porque lejos de prodigar el anaya, lo limitan únicamente á sus enemigos, y al fugitivo no se lo conceden sino una vez, lo miran como ilusorio si ha sido vendido, y por último, castigarían con la muerte su declaracion usurpada..... Un kabila no estima nada tanto como la inviolabilidad de su anaya, en el cual, no solo fija él su honor individual, sino sus allegados, su pueblo y su tribu entera responden tambien moralmente. Semejante hombre no hallaría un padrino para ayudarle á tomar venganza de una injuria personal, que sublevaría á todos sus compatriotas si se tratase de su anaya despreciado. Casos de esta especie deben presentarse raramente, con motivo de la fuerza misma de la preocupacion; mas, no obstante, la tradicion conserva este memorable ejemplo. El amigo de un zuaua, (tribu kabila de donde los zuavos franceses han tomado su nombre), se presenta en su casa para pedirle el anaya. Hallándose ausente el dueño, la mujer muy turbada le da al fugitivo una perra muy conocida en el país. Marcha aquel con la prenda de salvacion. Pero muy pronto la perra vuelve sola y cubierta de sangre. El zuaua se altera, la gente del pueblo se reúne, echan á andar por las huellas del animal y descubren el cadáver del viajero. Declaran guerra á la tribu en cuyo territorio se cometió el crimen; derrámanse mucha sangre, y el pueblo comprometido en aquella cuestion característica conserva todavia el nombre de *Dacheret el Kelba*, pueblo de la perra. El anaya se refiere tambien á un orden de idea mas general. Un individuo débil ó perseguido, ó amenazado de grave riesgo invoca la proteccion del primer kabila que llega. No lo conoce, ni es conocido, lo ha encontrado por casualidad; mas, no importa, su peticion rara vez será desatendida. El montañés, glorioso en ejercer su patrocinio, concede con gusto esta especie de anaya accidental. Autorizada con el mismo privilegio la mujer, naturalmente compasiva, casi nunca se niega á ejercerlo. Cítase el ejemplo de la que veía degollar por sus hermanos al matador de su propio marido. El infeliz, herido con muchos golpes y arrojado al suelo, logró cogerle el pié exclamando: «Reclamo tu anaya,» y la viuda echó sobre él su velo, y los vengadores dejan la presa. Notorio es en toda Bugia, que en el mes de noviembre de 1833, un brik tunecino encalló al salir de la rada y que los naufragos fueron todos pasados á cuchillo como amigos de los franceses, á escepcion de los bugiotas, mas comprometidos todavia que los otros, pero que tuvieron presencia de ánimo para ponerse bajo la salvaguardia de las mujeres. En un pueblo muy dividido, muy mal gobernado, fiero y siempre sobre las armas, donde por consecuencia, deben abundar las disensiones intestinas, era necesario que las costumbres supliesen la insuficiencia de los medios de policia. El anaya produce este efecto, suaviza además mucho las venganzas favoreciendo la evasion de los que las han suscitado, y estiende, en fin, sobre todos los kabilas una inmensa red de reciprocos beneficios.»—«Al oír la lectura de esta fiel narracion; dice Mr. Duval, el lector se sorprenderá admirado, preguntándose indudablemente qué país civilizado podría sobrellevar semejante institucion, y juzgará, que un pueblo que ha podido inventarla y mantenerla por espacio de siglos, es digno de ser el auxiliar de Francia en la obra de la regeneracion de Africa.»

EN UN WAGON.

EPISODIO DE UN VIAJE, EN UN ACTO.

PERSONAJES.

UNA SEÑORA.—UN VIAJERO.—UN EMPLEADO.

La escena pasa en nuestros dias en la linea del Mediterráneo entre Cartagena y Madrid.

Interior de un wagon de primera clase.

Al levantarse el telon se ve un viajero dormido, tendido y empaquetado en su capa. A regulares intervalos deja oír un pacifico ronquido. Ruido del camino de hierro. Al cabo de un minuto oyese un silbido y despues la voz de un empleado

ESCENA I.

EL VIAJERO Y EL EMPLEADO.

(*La voz del empleado*). ¡Albacete! diez minutos de detencion.

VIAJERO. (*Despertando sobresaltado*). ¿Quién habla de detencion? Creía estar todavia en la Audiencia. (*Sacando su reloj*). ¿Qué hora es? Las siete de la mañana..... bueno, he dormido toda la noche, (*bostezo y se espereza*), solo que como mi cama era demasiado corta, toda la noche he estado soñando que llevaba un peso sobre mi cabeza y que me daban de palos en las plantas de los pies cuando trataba de detenerme..... ¡Vaya una tontería de sueño!

(*La voz del empleado alejándose*). ¡Albacete! diez minutos de detencion.

VIAJERO. Entonces, voy á estirar un poco las piernas. (*Baja*). ¡Eh! ¡vigilante..... ¿Me hace vd. el favor de enseñarme el buffet?

(*La voz del vigilante*). Por aquí, caballero.....

(Sale el viajero por la derecha mientras que entra por la izquierda una señora y viene á pararse delante del wagon que ocupaba el caballero..... Entrase en él con tres ó cuatro sacos de noche y cajas de carton).

ESCENA II.

LA SEÑORA SOLA.

Bien mirado todo, mejor quiero entrar en este wagon que en el compartimiento reservado á las señoras, en donde va á estar todo lleno y no podré acomodar mis paquetes. Las señoras no son por lo general complacientes entre sí, mientras que aquí por poco bien educado que esté un viajero, se allanan todas las dificultades. (*Muda de sitio la capa y la carterá del viajero ausente y se sienta en el rincon que éste ocupaba*). Aquí..... ¡Alguien viene! (*Se envuelve de tal manera, que queda completamente oculto su rostro. Finge dormir*).

ESCENA III.

LA SEÑORA Y EL VIAJERO.

VIAJERO. (*Presentándose y dando patadas en el suelo al volver al wagon*). Gracias á Dios, se me ha restablecido la circulación de la sangre. (*Sube al wagon*). ¡Toma! ¡Toma! me han cogido mi sitio..... ¡Y han desordenado mis efectos! Perdone vd., señora..... Señora.... está durmiendo.... ¡Vaya un sueño pronto para una viajera que acaba de subir apenas hace cinco minutos!.... Al fin y al cabo es una mujer y será poco galante en mí el despojarla del sitio..... Tomemos el otro rincón. (*Se sienta en el rincón diagonalmente opuesto y cierra los ojos*).

SEÑORA. (*Aparte descubriendo su rostro*). Bien decía yo que las cosas se arreglarían por sí mismas. (*Se envuelve en su abrigo como antes*).

VIAJERO. (*Cambiando de postura*). Mejor estaba en mi sitio. Había encontrado una postura que no puedo volver á hallar..... Allí abajo había un hueco y aquí un bulto..... Preciso es conocer que á veces las mujeres no tienen miramiento alguno. Conocen su poder y abusan de él las lindas egoístas..... ¡Si al menos mi vecina fuese joven y linda! pero no se envuelve y empaqueta una así cuando es joven..... (*bosteza*) y linda..... (*Se duerme*).

(*Se oye la campana del ferro-carril y las voces de los empleados que llaman á los coches á los viajeros*).

LA SEÑORA. (*Aparte descubriéndose*). Parece que voy á quedarme sola con este caballero. (*Silbido*). (*Examina á su compañero que duerme*). Parece por otra parte ser inofensivo..... (*El viajero ronca*). Y su conversacion no tiene nada de alarmante. (*Ronquido mas violento*). Este señor imita al trueno, que parece una tempestad..... Durmamos como él..... (*Nuevo ronquido del viajero*). Le responderemos en su idioma.

(*Se envuelve de nuevo en el abrigo, pero de manera esta vez de que quede descubierto su rostro y cierra los ojos*). —Momentos de silencio).

VIAJERO. (*Despertándose y cambiando de postura*). — (*Aparte*). Decididamente que se está muy mal en este rincón y he hecho muy mal en no re..... (*Mira á su compañera*). ¡cla.....mar..... Pero sí..... ¡es joven!..... Pero sí... es linda. (*Se quita su gorra y se arregla el pelo*). Y yo que me duermo delante de ella como un ente vulgar..... (*Sonriéndose*). Felizmente que no ronco nunca..... (*Se arregla los puños de la camisa*). Obstinadamente duermo... si es que duerme..... (*Con duda*). Cuando se duerme seriamente..... (*Con convicción*). No se conserva un rostro tan lindo, al contrario, se vuelve feo..... Seguro estoy de que hace poco, tenía yo una facha horrosa. (*Tose*). —La señora hace movimientos). (*Aparte*). Se ha despertado. (*May alto*). ¡Dios mío! ¡Qué hermosa campiña! tienen un verde estos prados! (*La señora guarda silencio*). (*Aparte*). ¡Nada.....! (*May alto*). ¡Estos verdes son de un prado.....! No..... (*Aparte*). ¡Imbécil!

SEÑORA. ¿Cómo?

VIAJERO. Me decía que el otoño se anuncia magníficamente..... (*Silencio*). El vino será abundante este año.

SEÑORA. Perdóneme vd., señor, creía que vd. me dirigía

la palabra. (*Aparte*). Es un hacendado rico. (*Vuelve á cerrar los ojos*).

VIAJERO. (*Aparte*). ¡Ah!... Seguramente, yo le dirigía la... mi exclamacion, no era mas que un artificio retórico, un puente que yo echaba sobre nuestro silencio respectivo. (*Con mal humor*). Pues que vuelve á dormirse, voy á fumar..... (*Saca de su bolsillo su papelillo de cigarros, su tabaco, su caja de fósforos, su boquilla y lo coloca todo sobre sus rodillas*). No puedo, sin embargo, encender un pitillo sin pedirle permiso. (*Tose de nuevo y la señora vuelve á abrir los ojos*). Señora, ¿le incomoda á vd. el humo del tabaco?

SEÑORA. Muchísimo, caballero. (*Vuelve á cerrar los ojos y vuelve la cabeza al lado opuesto del viajero*).

VIAJERO. ¡Ah! (*Aparte*). Pues señor, ha cerrado el pestillo de la conversacion como esos empleados de los escritorios de comercio, que cierran el ventanillo del escritorio, cuando el público los fastidia..... Yo soy el público..... y la fastidio..... (*Recoge y guarda todos los chismes de fumar*). Pues señor, no es amable que digamos esta señora. (*Vuelve la espalda á la señora y trata de volverse á dormir*).

SEÑORA. (*Aparte*). Es preciso conocer que ha guardado con muchísima gracia todos los utensilios de fumar. (*Repara en un periódico que habia en la banqueta de enfrente*). Alguno se ha dejado olvidado su periódico. (*Lo coge y lo lee*). «La actitud de las potencias del Norte.....» (*Hablando*). Pasemos adelante. (*Leyendo*). Gacetilla.—«Escriben de Cartagena que ayer se ha fugado de aquel presidio á donde se hallaba sentenciado por toda su vida, el célebre Poca-pena, un malhechor de la peor especie.....» (*Hablando*). ¡Ah! (*Leyendo*). «Se cree que se ha dirigido hacia Madrid.....» (*Hablando*). Sobre Madrid..... ¡Oh Dios mío!..... Si llegase á venir en este tren. (*Leyendo*). «Este peligroso bandido es por otra parte muy fácil de reconocer por las señas siguientes: estatura mediana; constitucion física vigorosa; medianamente grueso.....» (*Mira al viajero dormido: hablando*). ¡Ah!..... (*Volviendo á continuar su lectura*). «Medianamente grueso..... principio de calva y un chirlo en el lado derecho de la frente.» (*En este momento el viajero se encasqueta su gorra*). —Sorpresa de la señora). ¡Cáspita! ¡Con qué precipitacion se ha puesto el gorro!..... ¡Vamos soy una loca! (*Lee en voz baja*).

VIAJERO. (*Aparte con mal humor*). No puedo pegar los ojos..... no me queda mas recurso que leer el «Indicador de los ferro-carriles.» (*Corta las hojas del periódico y lee*). «Villarrobledo; en la provincia de Cuenca, á tres leguas de San Clemente; tiene una parroquia, cuatro grandes edificios que fueron conventos y un hospital, con buenas y anchas calles, suntuosas casas consistoriales; magnífica y soberbia iglesia matriz, fábrica de tenajería y alfarería y muchos telares de paños y lienzos caseros. Su poblacion ocho mil habitantes. Aquí, durante la guerra civil, el general don Diego Leon batió al ejército de don Carlos, pretendiente de la corona.....» (*Sobresaltado*). ¡Qué choque!

SEÑORA. (*Despertando sobresaltada*). ¿Qué es esto?

VIAJERO. No ha sido nada, señora, un simple sacudimiento.

SEÑORA. ¿Puede vd. decirme dónde nos hallamos?

VIAJERO. Debemos hallarnos muy cerca de Villarrobledo

- señora, (*Con volubilidad*). en la provincia de Cuenca, á tres leguas de San Clemente. Tiene una parroquia, cuatro grandes edificios que fueron conventos y un hospital: con buenas y anchas calles, suntuosas casas consistoriales; magnífica y soberbia iglesia matriz, fábrica de tenajería y alfarería y muchos telares de paños y lienzos caseiros. Su población, 8,000 habitantes. Aquí durante la guerra civil, el general don Diego Leon batió al ejército de don Carlos, pretendiente de la corona.
- SEÑORA. (*Aparte, sonriéndose*). Decididamente tenía él necesidad de hablar. (*Alto*). Doy á vd. gracias de sus instructivos detalles.
- VIAJERO. (*Modestamente*). No hay de qué, señora.
- SEÑORA. (*Aparte*). Es un joven catedrático. (*Sonriendo*). Mas me estimo eso.
- VIAJERO. (*Cambiando de tono*). Señora, el sol aunquetan matinal comienza á incomodarme considerablemente y si no lo lleva vd. á mal, voy á mudar de sitio. (*Se sienta enfrente de la señora*).
- SEÑORA. No tengo derecho alguno á que me parezca mal eso, caballero, y tanto mas cuanto que creo que he tomado el sitio de vd., el mejor á lo que parece.
- VIAJERO. Usted sencillamente ha previsto que yo se lo hubiera ofrecido.
- SEÑORA. (*Saludando*). Caballero.....
- VIAJERO. (*Idem*). Señora.....
- SEÑORA. (*Aparte*). No está mal, y mis sospechas no tenían sentido comun.
- VIAJERO. (*Aparte*). Pues es mejor de cara, que de perfil.... (*Alto*). ¡Que no fuese así hasta Fernando Póo.....!
- SEÑORA. ¿Qué dice vd., caballero?
- VIAJERO. Digo, señora, que se viaja demasiado de prisa hoy. (*Sorprende de la señora*). ¿Dónde están los tiempos en que los reyes mismos atravesaban la España en carruaje y á cortas jornadas?
- SEÑORA. No hay duda que desde entonces acá, la locomoción ha hecho grandes progresos.
- VIAJERO. Sin remontarnos tan alto yo echo de menos los tiempos de los pesados carruajes, que se llamaban diligencias.
- SEÑORA. Por antítesis.....
- VIAJERO. ¡Por antítesis!—Gastaban ocho días y ocho noches, para ir de Barcelona á Madrid; por ejemplo.
- SEÑORA. Eso seria horrible.
- VIAJERO. Lo que era, era encantador; se tenía al menos el tiempo de hacer conocimiento con sus compañeros de viaje, (*galantemente*). echar las bases de relaciones.... amistosas. Le hablaré á vd. además de la poesía especial y peculiar de la diligencia, de lo imprevisible, de las aventuras que venían á amenizar el viaje.....
- SEÑORA. (*Riendo*). Todavía va vd. á echar de menos los ataques de los ladrones.
- VIAJERO. Los ataques de los ladrones, accidentes deplorables evidentemente bajo el punto de vista legal, tenían tambien su buen aspecto.
- SEÑORA. ¡Cómo!
- VIAJERO. Podían ser actos de valor y de sublime abnegación, mientras que hoy, señora, la vida está tan preservada, tan garantida, tan sosa, en fin, que ¡á menos de ser militar, marino.... ó bombero, no puede el hombre de mas corazon, hacer la menor accion heroica.
- SEÑORA. Ciertó, que bajo ese punto de vista caballeresco, es sostenible la paradoja de vd..... Ahora me recuerdo de cierto suceso que nos aconteció en un viaje, hace cinco ó seis años á mí y á mi marido.
- VIAJERO. ¿A su marido de vd? (*Como disgustado*), ¿Vd. es casada, señora?
- SEÑORA. ¡Ay! caballero.
- VIAJERO. No es vd. la sola para quien el matrimonio es una prueba difícil.
- SEÑORA. Pero, caballero.....
- VIAJERO. (*Interrumpiéndola*). Las demandas de separacion y los divorcios se han aumentado este año, en una proporcion espantosa.
- SEÑORA. Pero caballero, vd. se equivoca completamente.... Y he dicho ¡ay! porque soy viuda.
- VIAJERO. Perdónese vd., señora, habia creído:.... perdónese usted. ¿Con que decía vd. que le habia sucedido un accidente?
- EMPLEADO. ¡Señores! los billetes.
- VIAJERO. Es muy justo. Hacia una media hora que no nos habian incomodado. Es preciso reconocer que estas administraciones de los caminos de hierro son insoportables con su manía de inspeccionarlo y comprobarlo todo.
- SEÑORA. (*Riéndose*). La diligencia no tenia la inquisicion de billetes.
- VIAJERO. Esa era una de sus ventajas. (*Se registra los bolsillos*). Yo no encuentro el mio..... No lo encuentro.....
- SEÑORA. Tal vez se le habrá á vd. caído. (*Busca*).
- VIAJERO. No se incomode vd., señora. (*Mira por todas partes*). ¡Vamos! lo habré perdido..... Voy á hablar con el jefe del tren. (*Se levanta*). Perdónese vd., señora. (*Sale del wagon y desaparece*).

ESCENA IV.

LA SEÑORA SOLA.

¡Pobre señor! de seguro que maldecirá los caminos de hierro..... si le hacen pagar dos veces su viaje, y tanto mas cuanto que el tren viene de Cartagena. (*Mira á la parte de afuera y del lado por donde ha salido el viajero*). No lo veo volver.

ESCENA V.

LA SEÑORA Y EL VIAJERO.

EL EMPLEADO. (*Cerca [de la [puertecilla]*). El billete, señora.

SEÑORA. Aquí lo tiene vd. (*El empleado corta un pico del billete y lo devuelve.—Ve la capa del viajero ausente*).

EMPLEADO. Aquí falta un viajero.

SEÑORA. Sí, señor.

EMPLEADO. Vaya vd. á comprobar los billetes con viajeros que se bajan en todas las estaciones.

SEÑORA. Ese caballero cree haber perdido su billete.

EMPLEADO. ¿Dice que ha perdido su billete? ¿Viaja con usted, señora?

SEÑORA. Viaja en el mismo departamento que yo, pero no le conozco.

EMPLEADO. ¡Ah! ¿con que no le conoce vd.? (*Examina el saco de noche del viajero*).

SEÑORA. ¿Qué está vd. mirando?

EMPLEADO. Señora, examino el nombre que está escrito sobre su saco de noche..... Vd. comprenderá bien que una administracion de caminos de hierro tiene una mision de vigilancia que cumplir..... Aun no se ha encontrado al famoso Poca-pena.

SEÑORA. (*Con viveza*). ¿Con qué vd. cree?.....

EMPLEADO. Señora yo no creo nada, pero digo que ayer mismo se prendió á un malhechor en esta línea. (*La señora coge sus paquetes y se levanta*). ¿Qué va vd. á hacer, señora?

SEÑORA. A bajarme de este wagon y subir en el reservado á las señoras.

EMPLEADO. Imposible. Viene lleno.

SEÑORA. Entonces subiré en otro.

EMPLEADO. Haga vd. lo que guste. (*Se retira*).

SEÑORA. ¡Gran Dios! pero si voy á entrar en el que se encuentre el célebre Poca-pena..... y me dejan sola. ¡Empleado! ¡Empleado!

EMPLEADO. Tengo que hacer en otra parte. (*Desaparece*).

ESCENA VI.

LA SEÑORA SOLA. (*Gritando*).

¡Vigilante!..... (*Aparte*). Vamos, estoy loca, ¿qué apariencia hay de que este caballero sea precisamente el malhechor que se busca? (*Sus miradas se fijan sobre el cuchillo de cortar papel del viajero*). ¡Qué extraña forma tiene el instrumento de que se sirve para cortar las hojas de los libros! (*Mira mas atentamente el cuchillo y concluye por cogerlo*). Es un puñal, un estilo, un arma peligrosa; pero no es un cuchillo de cortar papel..... Nunca se usa de instrumentos semejantes para cortar las hojas de los libros..... Bien seguramente éste..... Vamos, mi imaginacion se estravía. (*Suenan los toques de campana para echar á andar el tren*).—*Preséntase el viajero y se dice á sí mismo.* Se me habia metido en el forro del chaleco. (*Vuelve á ocupar su lugar en el coche. Ruido del camino de hierro*).

ESCENA VII.

EL VIAJERO, LA SEÑORA.

VIAJERO. (*A la señora*). Figúrese vd., señora, que se me habia metido el billete en el forro del chaleco.

SEÑORA. Ha sido una felicidad. (*Aparte*). Tenia su billete.

VIAJERO. (*Sorprendido*). Doy á vd. las gracias, señora.

SEÑORA. (*Aparte*). Si pudiese yo hacer que se quitase la gorra, me quedaria completamente tranquila.

VIAJERO. Me alegro mucho que se tome vd. tanto interés en los infortunios del prójimo.

SEÑORA. Es muy natural.

VIAJERO. Natural... por parte de vd. en atencion á.....

SEÑORA. (*Interrumpiéndole*). Perdone vd., caballero. ¿No es á vd. á quien están saludando allá abajo? (*Le indica la parte de afuera*).

VIAJERO. (*Echando mano á su gorra*). ¿En dónde?

SEÑORA. (*Aparte*). Va á quitársela.

VIAJERO. (*Bajando la mano sin descubrirse la cabeza*). No, señora, no es á mí.

SEÑORA. (*Aparte*). No he logrado nada; me quedo con la misma duda.

VIAJERO. Decia que era natural de parte de vd., porque tiene vd. un alma muy hermosa, señora.

SEÑORA. Caballero.....

VIAJERO. Estoy seguro, y aun cuando no me lo hubiera revelado la graciosa exclamacion de vd., lo hubiera adivinado en su fisonomía, libro vivo en donde se leen todas sus encantadoras cualidades.

SEÑORA. Pero, caballero..... (*Aparte*). Vamos, este no es el lenguaje de un foragido.

VIAJERO. (*Continuando*). En esa mano sin guante, no menos característica.....

SEÑORA. (*Asombrada*). ¿Cómo?

VIAJERO. Señora, yo creo un poco en la ciencia de Desbarrolles, y en la sola inspeccion de esos dedos tan lindos y delicados..... (*La señora retira su mano*). de esa línea del corazon tan limpia y tan prolongada, afirmo que vd. tiene una naturaleza propia para amar.

SEÑORA. ¿Tratará vd. ahora de hacerme la corte?

VIAJERO. (*Continuando*). Esta otra línea no es menos bella..... Permítame vd., sin embargo..... (*La coge de la mano*). ¡Ah! pero no!

SEÑORA. ¿El qué?

VIAJERO. Aquí veo.....

SEÑORA. (*Aparte*). Cómo mira mi sortija.

VIAJERO. Veo aquí una brusca interseccion, un punto amenazador.

SEÑORA. (*Inquieta*). ¡Ah!

VIAJERO. ¿No me habia vd. dicho que habia corrido un peligro en otro tiempo?

SEÑORA. Sí, señor; nos atacaron unos ladrones al pasar por Sierra-Morena.

VIAJERO. Eso es, pero el peligro ha pasado, y la línea de usted continúa su curso mas bella que antes.

SEÑORA. (*Medio tranquilizada*). ¿Con que no vé vd. nueva interseccion ya?

VIAJERO. Ni la mas mínima, señora.

SEÑORA. ¿Con que vd. cree de veras en la quiromancia, en la frenología, y en otras cosas mas?

VIAJERO. Sí, señora. ¿Ha examinado vd. alguna vez la cabeza de un criminal, señora?

SEÑORA. (*Asustada de nuevo*). ¡Dios mio!

VIAJERO. Pero, al menos, habrá vd. tenido ocasion alguna vez de ver á un criminal.

SEÑORA. (*Mirándole con terror*). Nunca, caballero..... pero créame vd., compadezco mas que condeno á esos pobres estraviados.

VIAJERO. Reconozco en eso la línea del corazon de vd.

SEÑORA. La falta de educacion, los malos ejemplos, los han arrastrado con frecuencia á cometer las..... infracciones de ley que los han conducido.....

VIAJERO. Al presidio..... Mire vd., señora, yo tengo una colección de fotografías de nuestros mas célebres criminales.

SEÑORA. ¿Usted las tiene?

VIAJERO. Tipos curiosísimos de estudiar.

- SEÑORA. (*Aparte*). ¿Cómo tendrá semejante depósito en sus manos?
- VIAJERO. Aquí tiene vd. uno (*Va á enseñar un retrato á la señora*). ¡Ah! no, me equivoco. Este es mi retrato.
- SEÑORA. (*Asustada*). ¡El de vd.!
- VIAJERO. Sí, señora.... (*Sonriéndose*). Pero no forma parte de la colección. (*Coge otro*). Aquí tiene vd. el que yo quería enseñarla.
- SEÑORA. ¿Y quién es este señor?
- VIAJERO. Es Eugenio Lopez Montero, tan famoso por su asesinato de la señora de Gener, en la calle de la Justa, que ya sabrá vd.
- SEÑORA. Sí, lo sé.
- VIAJERO. Sírvasse vd. reparar en la protuberancia de esta parte del cráneo, señal del instinto de la destrucción. Montero tenía simplemente la pasión del asesinato.
- SEÑORA. (*Aparte*). ¿Cómo le brillan los ojos al hablar.
- VIAJERO. (*Enseñando otro retrato*). Aquí tiene vd. el del jardinero del duque de Medinaceli, el que hace pocos años mató á una mujer en la calle de Boteros; la misma conformación de cabeza, los mismos instintos de ferocidad.
- SEÑORA. No me ha dicho vd. porque singular casualidad es poseedor de esos retratos.
- VIAJERO. Señora, una cosa muy sencilla (*sonriendo*) diré á vd. desde luego, que por mi estado visito á los malhechores.
- SEÑORA. (*En el colmo del terror*). ¡Cómo! ¡vd. frecuenta su trato!
- VIAJERO. Sí, señora, porque yo soy.... ¿Pero qué tiene usted?.... está vd. temblando, ¿tiene vd. frío?
- SEÑORA. (*Tartamudeando*). No, señor.... tengo.... mucho calor....
- VIAJERO. Pero si está vd. dando diente con diente al decirme eso.... Tome vd. mi manta de viaje.
- SEÑORA. Doy á vd. las gracias, caballero.
- VIAJERO. Se lo ruego á vd. (*Se la pone sobre los pies*). Son muy frescas todavía las mananas.
- SEÑORA. Pero vd., caballero, se va á resfriar....
- VIAJERO. (*Interrumpiéndola*). No se ocupe vd. de mí.
- SEÑORA. Tanto mas, cuanto tal vez ha pasado vd. la noche en el camino de hierro.
- VIAJERO. Lo confieso, señora, porque llego de Cartagena.
- SEÑORA. ¿De Cartagena! (*Aparte*). ¡No hay duda!
- VIAJERO. Sí, señora, huyo de una fatal mansion en donde desde hace cinco años estoy detenido.
- SEÑORA. (*Aparte*). Ha dicho detenido.
- VIAJERO. (*Continuando*). Encadenado....
- SEÑORA. (*Aterrada*). ¡Ah!
- VIAJERO. Por mi maldita profesion.
- SEÑORA. (*Aparte*). Y llama una profesion á eso, ¡gran Dios!
- VIAJERO. Felizmente el ministro de la Gobernación no podía dejarme allí perpetuamente.
- SEÑORA. (*Levantándose*). ¡Deténgase vd.!
- VIAJERO. (*Estrañando lo que pasa*). ¿Qué hay?
- SEÑORA. (*Con terror*). Sé quien es vd.; tome vd. mi bolsa, tome vd. cuanto me pertenece, señor Poca-pena; pero déjeme vd. la vida.
- VIAJERO. (*Estupefacto*). ¡La vida! ¡Poca-pena! ¿Qué quiere usted decir?
- SEÑORA. Perdon, señor, perdon.
- VIAJERO. Señora, vd. está en un lamentable error. Yo no soy.... (*Solemnemente*). Yo soy el visitador de los presidios del reino.
- SEÑORA. ¡Usted!
- VIAJERO. Yo, y el que ha hecho estuviere bien guardado hasta ahora ese Poca-pena, con el que vd. me hace e honor de confundirme. (*Se quita la gorra*).
- SEÑORA. (*Examinando su frente*). (*Aparte*). ¡Pues no tiene la cicatriz!
- VIAJERO. ¿Pero me hace vd. el favor de decirme quien la ha metido en la cabeza esas ideas de ladrones y de presidarios?
- SEÑORA. Caballero.... hace un cuarto de hora que solo está usted hablándome de esas gentes....
- VIAJERO. Pero es vd., señora, la que primero ha sacado la conversacion.
- SEÑORA. ¿No me ha dicho vd. que trataba con los malhechores?
- VIAJERO. Naturalmente, como visitador de presidios....
- SEÑORA. ¿Que venia vd. de Cartagena?....
- VIAJERO. Mi última residencia.
- SEÑORA. ¿Y esas fotografías?
- VIAJERO. Piezas de comparacion, señora.
- SEÑORA. ¡Ah! ¡Ya! Ahora caigo.... y me río de mi locura... ¡Qué bueno es para vd., señor mío, el ser visitador de presidios!
- VIAJERO. (*Saludando*). No mucho, señora, pues que gracias á mi profesion, ha podido vd. confundirme....
- SEÑORA. Perdóneme vd., caballero, y no acusemos los dos sino á este periódico, causa primera de mis absurdos temores.
- VIAJERO. ¿Qué periódico es?
- SEÑORA. (*Dándole el periódico*). La Correspondencia de España.
- VIAJERO. «Escriben de Cartagena...» (*Lee bajo.—Hablado*). ¡Toma! Toma! Esto es de la historia antigua, porque Poca-pena fué cogido, y hace mas de seis meses que se le dió garrote. (*Mira la primera página del periódico*). Pero si este periódico es del año pasado.
- SEÑORA. ¿Qué dice vd.?
- VIAJERO. Enero de 1863.... mire vd.
- SEÑORA. 1863, así está escrito. Debe vd. estar muy incomodado conmigo, caballero.
- (*La voz del empleado*). ¡Madrid! ¡Madrid! (*Levántanse los dos*).
- VIAJERO. Señora, yo vengo á pasar algunos dias en Madrid, ¿me permitirá vd., que vaya á ponerme á sus pies y ofrecerle mis respetos?
- SEÑORA. Caballero....
- VIAJERO. Aunque no sea mas que para probar á la vista de usted, mi perfecta identidad y tranquilizarla completamente.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA,
Visconde de San Javier.

Máximas. Cuando despiertes por la mañana con el alma nublada por algun pesar, vístete y emprende una faena que canse tu cuerpo, y ella curará tu alma.

—La indolencia es un mal de tan grandes consecuencias, que nos conduce á todos los precipicios.

—En vano es que visites un jardín lleno de lozanas y aromáticas flores; si tienes las florestas de tu alma marchitas, aquellas te parecerán negras y opacas como la noche:

—El mucho amar atrae el desamor, así como el llanto atrae el sueño.

—Sentimos el perder una moneda, aunque sea de ínfimo valor, y no sentimos el tiempo que perdemos, siendo así que se lleva la vida.

POMPEYA.

Sabido es que Pompeya fué sepultada, primeramente bajo una lluvia de arena y despues bajo otra de ceniza y agua. Filtrándose ésta por enmedio de la arena, la ceniza se ha endurecido conservando la marca de los objetos que envolvía. El tiempo ha destruido cuanto se podía alterar, los cadáveres, por ejemplo; pero la marca ha permanecido intacta. Recientemente escriben de Nápoles que el caballero Fiorelli, á quien se ha confiado la direccion de las escorias de Pompeya, ha tenido la feliz idea de llenar con yeso líquido una de esas cavidades en que antes de él no se fijaba la atencion. El yeso amoldó exactamente el interior, endureciéndose poco á poco, y se pudo extraer de la cavidad una especie de estatua que representaba á un hombre como de cincuenta años, tendido sobre la espalda, con la boca abierta y el vientre hinchado á la manera de un ahorcado. La nariz, mejillas, algunos dientes y los vestidos, están perfectamente visibles, y se distingue la marca de los agujeros del calzado. Aplicada la misma operacion á una cavidad inmediata, resultaron dos estatuas de mujeres acostadas en sentido inverso. La mas pequeña es la de una jóven como de diez y seis años, cuyo semblante y miembros encogidos por las convulsiones de la agonía, causan al espectador una inesplicable sorpresa. El yeso conserva la marca de la tela y de sus bordados: en los pies llevaba la jóven elegantes babuchas. El hombre encontrado cerca de estas mujeres ¿es el marido de la una y padre de la otra? Todo induce á creerlo, y que el grupo fué sorprendido por la catástrofe al emprender la huida.

LA PEGA-REBORDA GRIS.

Comenzamos por reconocer en las pega-rebordadas un notable afecto para con sus hijos y sentimientos de familia muy desarrollados, lo que es casi la única buena cualidad que nos será permitido atribuirles. En la época de la postura, construyen un nido que colocan sólidamente sobre una rama de dos ó tres horquillas; enlazan bien unas matas, raíces flexibles, yerbas finas y largas con el musgo y lana que tapan los huecos del nido. Cuando los pequeñuelos han salido, los padres les dan de comer con infatigable diligencia, y en lugar de echarlos desde que pueden ellos mismos atender á sus necesidades, continúan los padres cuidándolos aun adultos y los mantienen junto á sí. Reunida de esta manera la familia, permanece todo el otoño y el invierno, y se ve al padre, á la madre y á cinco ó seis hijos posar sobre el

mismo árbol, volar juntos, cazar de acuerdo, y vivir, en fin, en estrecha y afectuosa intimidad hasta el regreso de la estación de los nidos, porque entonces se disuelve esta familia para formar otras nuevas.

Despues de lo anterior debemos declarar que la pega-reborda es un ave de guerra y de rapiña, de índole pendenciero y agresivo, y que no se le hace injuria dando su nombre á las mujeres que reniegan de su sexo á causa de un carácter áspero y díscolo. No obstante de ser muy pequeña (las mayores son de la talla del tordo, las demás apenas tienen la de la alondra), ataca á todas, aun á los grandes y fuertes, y consigue hacerse temer; caza las maricas, los cuervos y los cernicalos; no teme nada á los gavilanes, los milanos, ni los mochuelos, y caza impunemente en sus dominios; aunque en particular se alimenta de insectos, es muy ávida de la carne de las aves pequeñas, las acecha, las persigue, las precipita al suelo, las coge con las uñas, de un picotazo les parte la cabeza y se pone á destrozarlas, á desmenuzarlas á trozos que devora ó da á devorar á sus hijos. Se le ha visto coger tórtolas, gazapos, y aun atreverse á atacar á las aves enjauladas y empeñarse en sacarlas de entre los barrotes.

La pega-reborda, segun dicen, une con la intrepidez la astucia, porque sabe imitar, para atraerlas, los pitidos de las aves, y particularmente los pitidos de apuro de los pequeños gorriones, los cuales acuden creyendo venir á ayudar á algun desgraciado compañero que grita en las garras del ave de rapiña, y muy pronto gimen ellos mismos bajo las uñas de su pérdida enemiga, que desde su puesto de observacion cae derecha sobre ellos y los coge aun entre las mas espesas matas. Cuando el plan ha fracasado, el astuto cazador vuelve á subirse sobre su alta rama y comienza otra vez la misma tarea.

Si la pega-reborda no mata sino para alimentarse, al cabo haria su oficio de ave de rapiña; mas segun parece, está poseida de la manía de destruir, porque mata por el placer de matar, ó al menos llevando la prevision hasta la codicia, como todos los avaros, cree que nunca tiene bastante y hace provisiones de cacería que es incapaz de consumir y que deja podrirse: langostas, saltones, aves, todo cuanto encuentra lo destruye, y lo que al punto no come lo engancha en las espinas de un árbol, de unas zarzas, ó bien lo coloca en el hueco de dos pequeñas ramas; multiplica todo lo que puede estos cadalsos y se complace en visitarlos unos tras otros. Levaillant observó este singular hábito en una especie de Africa, el fiscal (*Lanius collaris*), y Mr. Selby, naturalista inglés, le notó tambien en la pega-reborda gris (*Lanius excubitor*): vió un día á este ave caer sobre una curruca, matarla y desaparecer con la presa en la boca por un seto; mas despues de algunos instantes de andar buscando, descubrió al pequeño cantador clavado por un tendón del ala en las espinas de un escaramujo. Otro observador refiere el siguiente hecho: «Habiendo visto, dice, á una pega-reborda muy afanosa junto á un seto de espinas, me acerqué, estuve examinando y hallé tres sapos y otros tantos ratones perfectamente ensartados en las espinas. Como yo trataba de observar mas de cerca las costumbres de este pájaro, coloqué por aquellos sitios seis pequeñas trampas de hierro en las que puse por cebo ratones. La pega-reborda escapó muchas veces del lazo, lo que me hizo formar elevada idea de su destreza, porque el cebo era arrancado sin que quien se lo llevaba fuese sorprendido. Sin embargo, al fin, el diente de

la trampa sujetó la garra de la pega-reborda y la detuvo cautiva. Metí al ave en un cuarto donde tenía colocadas unas zarzas de espinas y le dí á mi prisionera ratones muertos.

Vi que los cogia uno á uno y los clavaba sobre una espina con admirable destreza.»

La pega-reborda tiene nueve pulgadas de alto; es de la



La pega-reborda gris. (*Lanius excubitor*).—Dibujo de Freeman.

talla del mirlo ó del tordo. Por la cabeza y por la espalda es de un bonito gris ceniciento, y blanca por el pecho y por debajo del vientre; una lista negra se extiende sobre el ojo, se corre hácia atrás; las plumas de las alas y las de la cola son negras, con la estremidad (y en algunas el borde este-

rior) pintada de blanco. El pico es fuerte, encorvado y con un diente muy notable que afila su punta. Este ave debe ser colocada á la cabeza de los gorrones dentirostros y despues de las aves de rapina.